

Roberto, dibujante español

Declaro que cuando se aproximó a mi despacho Roberto Gómez, nuestro gran amigo Roberto, a notificarme que iba a reunir en un tomo las «Charlas de Café» publicadas en *Crítica* durante un cierto período de tiempo, sentí un íntimo y verdadero regocijo.

Tiene Roberto, para todos nosotros, títulos más que sobrados, que le hacen acreedor a nuestra cariñosa estimación. Español de pura cepa; madrileño, que es la condición insigne de la ciudadanía hispánica; dibujante de fino sentido humorista que cala en lo profundo de los sucesos que comenta y descubre y retrata, con perfección elegante y con soltura irónica, los personajes que pasan por su lápiz, es hoy, por gracia de su talento y por privilegio de la gran tribuna en que lo exhibe, un amigo de todos los españoles, que aman y sufren, y un cordial vecino de todos los argentinos, que viven su emoción nacional a la sombra, augusta y solemne, de sus viejas tradiciones democráticas.

Vino a la Argentina, antes, mucho antes de la revolución militar¹ que ha convertido a nuestra patria en teatro de la más grande tragedia histórica, para terminar haciéndola presa de gobiernos y regímenes que la exploten, en sus riquezas materiales y la indignifiquen, en el prestigio de su gloriosa tradición independiente. Llegó ya consagrado y con una personalidad lograda. Al lado de los innúmeros dibujantes hispanos del momento, Roberto destacó sus grandes virtudes inimitables: un gracejo inconfundible, ma-

¹ A lo largo de la guerra, fue habitual en la prensa argentina referirse a la sublevación militar como una «revolución» nacionalista.

drileño puro y un estilo sobrio, de línea clara y de fácil percepción para el público. Y Roberto, ausente de la patria amada, triunfó en la Argentina. Su pensamiento, su alma entera, estaba allá, en España, en aquel Madrid, único, incomparable, hospitalario y generoso, abierto a todo luchador, comprensivo y cordial, síntesis de la vida española, que muchos tomaron por un pueblo frívolo y que era, sin embargo, el cerebro y el corazón de la Patria y la cuna gloriosa de estos magníficos heroísmos de hogaño. Por eso, cuando estalló la revolución, Roberto se volcó. Todo su espíritu y todo su esfuerzo se hizo constante y fecundo en defensa de la causa del pueblo español. Y día a día, hora a hora, ha venido comentando los sucesos españoles con un sentido apasionado y vivo, que por su valoración emotiva y cordial, ha ganado enseguida carta de naturaleza insustituible en la gran prensa argentina.

Esta labor, este esfuerzo, este trabajo, en un feliz concierto del dibujante certero y el escritor humorista y sagaz, son las «Charlas de Café», que la gestión de unos amigos y el deseo de muchos admiradores ha[n] logrado reunir en un volumen. Hechas, al momento y para el momento, entre los afanes múltiples que solicitan la atención del periodista, quizás carezcan de aquella profundidad aparente con que suelen revestirse al exterior otros trabajos, serios, meditados y solemnes. Pero estas charlas poseen en grado superlativo la vivacidad más rica, que les presta una inapreciable fragancia y la fresca espontaneidad que acusa, con seguro trazo, el recio temperamento del autor.

Uno las vuelve a leer con deleite y las considera con moroso arrobamiento, con un regusto de cosa bien apreciada. Y en esta labor, se advierten nuevos matices originales y se contrastan opiniones diversas. Por ejemplo: hay dos charlas que me han producido ahora, renovándola, la misma impresión que en su aparición ganara mi ánimo. Me refiero a las tituladas «Un discurso de Azaña» y «Los incontrolados». Para mí, por razones diversas, que no he de traer a colación ahora, se comete una grave sinrazón en la primera

al referirse a Don Manuel Azaña en su aspecto político. En el de escritor de recia estirpe castellana, con estilo a la par austero y rico, y en el de orador magnífico, lleno de sentido clásico y con un arte declamatorio propio, no hay discrepancias posibles. Pero la injusticia tiene una noble explicación y es la emoción de una carta veraz, que ha llegado al corazón de Roberto, haciéndole trepidar con fuerza. Ya sé que la carta en cuestión no es más que un modo de contemplar un suceso, cuyas raíces hondas y profundas merecen mayor y más dilatado examen.

En el otro capítulo, Roberto aflora a una conclusión que todos, absolutamente todos, hemos de compartir. «¡No! Oídllo bien. ¡¡No!! El pueblo no ha dado un millón de vidas, ni ha pasado hambre, ni ha visto caer sus humildes techos, ni ha vagado errante por los campos, ni ha vivido y muerto en las trincheras para que ‘todo quede igual’. ¡No! El pueblo de mi patria lucha por su libertad económica y por el fin de su martirio de siglos. Y o cesa este y se le da aquella, o los verdaderos y únicos ‘incontrolados’ son quienes lo gobiernan». Podrá estarse o no conforme con los razonamientos que preceden a esta conclusión. Habrá, sin duda alguna, discrepancia en cuanto a ciertos antecedentes de hecho, colocados a lo largo del artículo en cuestión. Se pensará, quizá, que existe una apreciación equivocada de ciertos fenómenos políticos y sociales anteriores, pero en el fondo la conclusión a que arriba el escritor es impecable y de una pureza lógica insustituible.

Lentamente, sin quererlo, al correr de la pluma, he trazado en estos comentarios breves algo que pudiera parecer el elogio de las páginas que a continuación se insertan. No fue ese mi propósito. Únicamente quise rendir un tributo de amistad y de admiración a este amigo español, tan lleno de amor por la patria común y tan penetrado del dolor de ella que no pasa un instante en que no la dedique sus más íntimas devociones fervorosas. Y así lo hago, al firmar estas líneas, en esta tierra argentina en donde cumplo modestamente un deber y desde donde como español, dolorido

Roberto Gómez

y asombrado ante el crimen cometido con España, ¡con mi España!, pido y deseo que triunfen en ella la libertad y la justicia, se consolide la República democrática y el eco de su voz, preñada de promesas infinitas, se extienda por todo el ámbito nacional, llenándolo de sentido humano y, ¿por qué no decirlo?, del verdadero sentido espiritual, que debe ser guion y norte de la vieja civilización del mundo europeo.

Manuel BLASCO GARZÓN²

Buenos Aires. Noviembre de 1937



² Abogado y político sevillano, Manuel Blasco Garzón (1885-1954) fue ministro de Justicia de la República del 13 de mayo de 1936 hasta la caída del gobierno de José Giral del 4 de septiembre. Un mes más tarde, fue nombrado cónsul general de España en Buenos Aires, donde residiría hasta su muerte.

Dos palabritas

Al producirse la revuelta fascista, el pueblo en España se lanzó a la calle. Y se improvisó el miliciano. El hombre que el día anterior trabajaba en el taller o en la fábrica y ahora empuñaba un fusil para defender la República traicionada.

Pedirle técnica a aquel hombre del pueblo hubiera sido como pedir peras al olmo o a Franco que tomase café en Madrid. Lo único que podía esperarse del miliciano era sinceridad, espíritu de sacrificio, fe en el pueblo, combatividad, valor. Todo menos ciencia militar.

De igual manera, este libro se ha ido escribiendo como el miliciano se hizo soldado: por improvisación. El que espere encontrar literatura en sus páginas, mejor será que lo cierre y no siga leyendo. Quien lo escribió no es un literato, sino un dibujante, que tenía cosas que decir –muchas que ha dicho y otras que dirá–, y como el lápiz solo no podía decirlas todas, cogió también la pluma para combatir en defensa de su pueblo.

Pedirle técnica literaria, perfección de estilo, solemnidad de escritor, sería tanto como pedir peras al olmo o que el purrete Cabanellas³ dejase de jugar a la bolita⁴ y se dedicara a ganar la guerra, que buena falta le hace. Lo único que podía esperarse de él, como del miliciano, era sinceridad, desinterés, espíritu de sacrificio, fe en el pueblo, combatividad... De todo esto cree haber hecho su-

³ «Roberto» hablará siempre del «purrete» Cabanellas, burlándose de la ancianidad del general. Purrete: «niño de corta edad» (lunfardo, RAE).

⁴ Bolita: «Arg. canica» (RAE).

ficiente derroche en los diez y seis meses que lleva en la brecha. Pero por si alguien dudase aún, vea la página 107 y dígame después si no «doy la cara».

Me interesa destacar ante el lector tres cosas:

UNA: que no realizo mi labor a la orden de nadie, ni dependiendo de nadie. Soy un perfecto «incontrolado», que actuó de acuerdo a una consigna –de auténtica solera española– que me fabriqué yo mismo para el uso diario. Esta:

UN CHISTE DIRECTO AL HÍGADO
PUEDE MATAR A UN HOMBRE

Y todas las mañanas, sobre mi tablero de *Crítica*, hago chistes directos al hígado, de los que forman piedra. Los fascistas los leen a la noche (los fascistas son los más asiduos lectores de *Crítica*, por aquello de «quien escucha su mal oye»), después de la cena y en plena digestión. Y siempre tenemos algunas bajas... *que lamentar*.

Si esto está confirmado por los hechos ¿a qué perder el tiempo lloriqueando porque fue atropellado el inciso 2º del párrafo 3º del artículo 4º del capítulo 5º del «Pacto entre caballeros»? ¡Váyase el derecho a la gran flauta⁵ si el derecho sirve para lo que hoy estamos viendo en el mundo! ¿Tenemos razón? ¡Sí?...

¡Pues duro y al hígado!

OTRA: esta labor mía ha sido posible porque encontré las páginas generosas de *Crítica* ofrecidas incondicionalmente por su director para hacer la defensa de mi pueblo y las utilicé según los dictados de mi conciencia. Proclamar que *Crítica* es el diario que más ha hecho en América –y tal vez en el mundo– por la causa leal, quizá a los enfermos del hígado les parezca una chupada de

⁵ ¡A la flauta!: interjección coloquial que expresa sorpresa o asombro. ¡La gran flauta!, interjección coloquial eufemística (de «¡la gran puta!») para expresar enfado o irritación (DEDA).

media⁶, pero no es sino el público testimonio de gratitud de un español en compensación de algunas otras ingratitudes.

Ya está dicho e impreso. Ahora ¡a ver si hay quién lo borre!

OTRA MÁS: cuantas veces pensé –y han sido muchas– reunir estas «charlas» en un libro, me formé el propósito de prologarlo con palabras que fuesen fiel reflejo de mi total pensamiento sobre las cosas de España.

No soy «cenetista» ni «uetista». No pertenezco a ningún partido político, ni sirvo la causa de ningún partido político. Defiendo solamente la causa del pueblo, el único que en esta gran tragedia de España está libre de culpa. Y a ese pueblo que muere tan sinceramente –tan ingenuamente quizá– en las trincheras, la mejor manera, tal vez la única manera de servirle, es decirle siempre la verdad.

Pero las dificultades que siempre surgen ante cualquier empresa –aunque ella sea tan modesta como la de editar un libro tan modesto como el mío– han retrasado la aparición de estas «charlas» hasta hoy, que van en busca del lector en momentos notoriamente trascendentales para las armas leales. Perdido todo el Norte. Abandonada España definitivamente a sus propias fuerzas por los países democráticos que, cegados por el egoísmo, no ven más allá de sus narices capitalistas, todo lo que yo dijera ahora, por muy bien intencionado que fuese, serviría solo para producir notorio daño a la causa del pueblo, precisamente la única que deseo servir. No es hora de sembrar recelos cantando verdades. «Un puñado de verdades sobre España», que espero escribir algún día. Y como no es el momento de hablar, me callo, para demostrar que hasta los niños de teta –yo no he cumplido aún los dos años– pueden «controlarse» a sí mismos sin necesidad de ama de cría ni niñera.

Una consigna para los fascistas:

⁶ *Chupada de media*. Acción característica del *chupamedias*: «persona servil que agrada a otra por conveniencia» (DHA).

Roberto Gómez

CHISTES DIRECTOS AL HÍGADO

Otra para los leales:

QUITARLES DOS PESOS DE ENCIMA

Uno, el de su tristeza por el dolor de España.

Otro, el que les ha costado este libro.

Que me perdonen el segundo, si he logrado quitarles también el primero.

¡Chau!

Retrato del Autor
(para romper)

(córtese por la línea de puntos)

*A los «nacionalistas» que me escriben anóni-
mos, para que me rompan la cara.*

ROBERTO

RETRATO DEL AUTOR
(para romper)



(córtese por la línea de puntos)

*A los "nacionalistas" que me escriben anónimos.
para que me rompan la cara.*

ROBERTO

**18
de
Julio
de
1936⁷**



Azaña lo ha dicho: «El pueblo de Madrid se ha lanzado a la calle a defender su libertad con la misma alegría que si fuera a una fiesta»⁸.

Mi pueblo siempre fue así. ¿Quién habló de la España negra? La España negra existió y aún existe. Pero es esa que se bate ahora

⁷ «Charlas de café. Hombres del momento» (*Crítica*, 25 de julio de 1936).

⁸ En su alocución por radio al pueblo de España del 23 de julio de 1936, Manuel Azaña declaró su gratitud a todos los defensores de la República, entre ellos a «este pueblo madrileño, a quien vemos lanzarse al frente del combate alegremente, como si fuese a una fiesta, porque sabe que defiende lo más preciado de su tesoro moral, que es su libertad» (Azaña, 2003: 456).

en sus últimos reductos: la España oficial, clerical y sombría. El pueblo siempre tuvo perfume de campo y reflejos de sol. Yo sé que ese pueblo que hoy cruza los campos de España en busca de la libertad o de la muerte, sabe reír y sabe cantar. Cantemos con él, humildes compatriotas de América, ya que no podemos luchar a su lado. Nos acompaña el recuerdo de la patria.

*Usted tendrá sus ideas,
pero yo tengo las mías.
Las mías huelen a pueblo
y las de usted a sacristías.*

* * *

¿Quién puede temer al pueblo? Solo los que no supieron sufrir a su lado, o lo hicieron sufrir. Los que dejamos hace ya mucho tiempo de ser «señoritos», nos hemos trazado un camino y lo cubriremos hasta el fin, agarrados de su brazo.

De su brazo íbamos aquel 14 de abril que no conoció del amargor de la sangre. Y aquel pueblo, que tantas vejaciones había sufrido, supo ser generoso y perdonar.

*Tú sembraste la piedad
y ahora cosechas abrojos...
¡Cría cuervos, compañero,
y te sacarán los ojos!*

* * *

Cantaba el pueblo y las calles de Madrid hervían en fervor republicano. Los vivos y los muertos atronaban el espacio y entre ellos destacaba, potente, el que lanzaba sin cesar un tipo enarbolando una enorme bandera republicana:

—¡Muera la raza latina! ¡Muera la raza latinaaaa!

Y uno le preguntó: